

Título: Forte Subito

Seudónimo: MyDeath_MyLife

Categoría: Juvenil

En los más confines del mundo, en los páramos más olvidados, a las puertas del infinito y lo no visto, extendíase lúgubre una niebla que tornaba el verde mundo al negro eterno. Sin saber el cómo ni el porqué, el cuándo o el qué, en aquellos confines todo estaba condenado a brotar muerto.

Los bosques se alzaban retorcidos y extensos; las gélidas praderas tornaban los huesos fríos y las montañas quietas como gigantes al acecho, observaban escarpadas sobre el infinito manto de nubes.

Cientos eran los ríos que discurrían por aquellos lares, negros todos como el azabache. Dejaban tras de sí un profundo fango entrelazándose hasta tejer una gran telaraña sin final aparente, y así mismo sucedía con cada camino, embadurnados en barro creaban un tortuoso laberinto imposible de enfrentar.

Era en cada cielo oscuro despuntado por su sol durmiente cuando se levantaba una brisa mortecina, y todos y cada uno de los carcomidos árboles que allí vivían comenzaban a susurrar frívolos entre dientes. Ligero aquel viento animaba de mala forma a pasar a todo palpitante ser, a perderse en el caos de sus senderos.

Se escondía en los páramos más olvidados, entre la niebla y el fango, su triste castillo; y en el mismo los susurros de una voz débil y joven.

—Mientes —le decía ella en un tono inseguro, y violento él de notas graves, resonaba atronador haciendo subir su sonido hasta sus aposentos. Pero era al llegar hasta la más alta torre cuando cesaba el ruido en un eterno y escalofriante silencio.

Las amplias salas de aquel castillo portaban exquisitos tapices, motivos vegetales, tallados dorados y preciosas pinturas que adornaban los techos. Así, bajo una recargada ornamentación, caían las enormes cortinas de damasco y se hacían paso los muebles de un elegante y cuidado ébano. Sin embargo, todos los colores del castillo se teñían oscuros a la escasa luz de las velas. El ambiente no era sino lúgubre.

—Mientes.

Entre aquellos muros de piedra todo se encontraba perfectamente limpio e intacto. Aunque ni mayordomos, ni cocineros, ni sirvientes recorrían sus pasillos. Nadie lo limpiaba, ni nadie lo mantenía.

Para respuesta de la joven retornaba de nuevo el bullicio desde el salón principal. El grave, el estruendo. Refulgían vivas las velas ante tal sonar.

Aquel salón era sin duda la sala más amplia de todas. Sin embargo, a pesar de su disposición no tenía ventana alguna. Sobre la chimenea de mármol hallábase aquel cuadro. Su madera oscura y tallada a mano enmarcaba a un hombre sin rostro cuya pose era fuerte y decisiva, sobre sus hombros se extendía un vacío e intenso negro, sin ojos ni labios, sin facción alguna nada más que un agujero que miraba al frente engulléndolo todo.

—Mientes —afirmaba de nuevo, pero su delicada voz se perdía en la nada; y él, que desde el salón observaba callado al cuadro, estallaba en imperantes notas.

Quieto e inmóvil sobre sus patas de madera, casi invisible como notorio a la par, enfurecía y volvía a callar; como el silencio de una partitura tras el fragor de la melodía. Tácito, en el centro de la sala, del castillo.

El aire allí se hallaba sumamente cargado y el ambiente era denso a más no poder. Se extendía un falso pero asfixiante sosiego que desvaneciéndose cuando:

–Mientes –Resonaba su débil alma en ecos, y devorador él así como inerte, destruía el silencio entre el atronador bullicio de sus cuerdas. Contundente.

Las castas pieles de la muchacha temblaban y embutida en aquel viejo corset esperaba de nuevo el silencio.

–Mientes –Hízose el miedo en su pecho, se erizaron sus carnes y quedó envuelta entre las sabanas de su cama, sin siquiera atreverse a mover un solo milímetro de su cuerpo. Entonces estalló el ruido de nuevo, el clamor de las notas, el crujir del suelo, el rugir del corazón del castillo que lo mantenía con vida.

Allí donde todo estaba condenado a brotar muerto, donde ni el espacio ni el tiempo tenían cabida, en los confines del mundo, en sus aposentos; putrefactas las criadas hacían compañía a la bella princesa. Y una vez más llegado el siniestro silencio le dijo al espejito:

–Mientes –Se hizo el ruido de nuevo, brotaron violentas las llamas de la chimenea, gimieron las paredes y aquel negro sobre los hombros del sujeto se tambaleó. El castillo había quedado enfurecido y su devastador corazón de gruesas notas gritó.

–Mienten –le respondió entonces su espejito.

Aquellas podridas sonrisas lentas parecieron respirar, apenas se vieron sus ojos deslizarse sobre las marcadas cuencas y ante una inexistente brisa moviéronse lentos sus mugrientos cabellos. La princesa contenía la respiración a duras penas y de nuevo volvía a afirmar.